



LA PSICOMOTRICIDAD INTEGRAL PARA EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN NIÑOS DE EDUCACIÓN INICIAL

COMPREHENSIVE PSYCHOMOTOR DEVELOPMENT FOR THE ENHANCEMENT OF EMOTIONAL INTELLIGENCE IN EARLY CHILDHOOD EDUCATION CHILDREN

**Trabajo de Investigación para optar al
Grado Académico de Bachiller en Educación**

Autores

Paula Mora Reeves

<https://orcid.org/0009-0006-3734-7050>

Eva Manuela Verastegui Guida

<https://orcid.org/0009-0007-9987-8786>

Asesor

Nilda Jeannette Galvez Varas

<https://orcid.org/0009-0000-3897-0289>

**Lima-Perú
2026**



Informe de análisis
Compilato Magister+ | ZEGEL-PE

Mora y Verastegui - Entrega Final

ID : e6a91f7045770b8a8b2f4f5d9d4b63c494630c8



7%
Textos sospechosos

Nombre del fichero: Mora y Verastegui - Entrega Final.txt
Tamaño del archivo original: 148,43 kB
Número de palabras: 14.411

Depositante: Nilda Jeannette GALVEZ VARAS
Fecha de depósito: 26 de junio de 2026
Tipo de carga: Interface
Fecha de fin de análisis: 26 de junio de 2026

Resumen (sección 1/3)

Localización de los textos sospechosos en el documento :



Incluido en el porcentaje de textos sospechosos :



No incluido en el porcentaje de textos sospechosos :



DEDICATORIA

A mi familia, que siempre me ha apoyado y motivado a alcanzar mis metas y objetivos propuestos.

Paula Mora Reeves

Dedico este trabajo, en primer lugar, a mi madre, por su apoyo incondicional y su constante motivación para iniciar y culminar este proceso de profesionalización de mi labor docente. Sobre todo, por su ejemplo como maestra y madre, que me inspira a ser una guía y una compañía para las infancias.

A mis docentes, quienes, además de compartir sus conocimientos y experiencias, me inspiraron con su vocación y compromiso con la enseñanza, reafirmando la importancia de la docencia como una labor capaz de transformar vidas y contribuir al desarrollo integral de las personas.

Asimismo, dedico este logro a todas las personas que me brindaron su apoyo, aliento y comprensión durante el desarrollo de esta investigación.

Con gratitud y cariño, dedico este trabajo a quienes hicieron posible que esta meta se convirtiera en realidad.

Eva Manuela Verastegui Guida

RESUMEN

Actualmente, la educación inicial busca promover el desarrollo integral de los niños, considerando las dimensiones físicas, cognitivas, emocionales y sociales. En este contexto, la psicomotricidad integral y la inteligencia emocional se reconocen como aspectos clave para fortalecer dicho desarrollo. La presente monografía tiene como objetivo analizar de qué manera la psicomotricidad integral contribuye al desarrollo de la inteligencia emocional en niños del nivel inicial. Para ello, se realizó una revisión bibliográfica de fuentes teóricas y empíricas que permiten comprender ambos conceptos, su importancia en el desarrollo psicosocial infantil y el rol del docente y de la escuela en su fortalecimiento. Asimismo, se profundiza en la relación entre estas dos variables, con el fin de impulsar su desarrollo dentro de los espacios educativos.

Palabras clave: desarrollo motor; expresión corporal; aprendizaje socioemocional; desarrollo del niño; educación de la primera infancia.

ABSTRACT

Currently, early childhood education seeks to promote the comprehensive development of children, considering physical, cognitive, emotional, and social dimensions. In this context, integral psychomotricity and emotional intelligence are recognized as key aspects for strengthening such development. The objective of this monograph is to analyze how integral psychomotricity contributes to the development of emotional intelligence in children at the early education level. To achieve this, a bibliographic review of theoretical and empirical sources was conducted, allowing for an understanding of both concepts, their importance in children's psychosocial development and the role of teachers and schools in fostering them. Likewise, this study explores the relationship between these two variables in greater depth, with the aim of promoting their development within educational settings.

Keywords: motor development; movement education; socio-emotional learning; child development; early childhood education.

ÍNDICE

DEDICATORIA	iii
RESUMEN	iv
ABSTRACT	v
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO I: LA PSICOMOTRICIDAD INTEGRAL EN LOS NIÑOS DE EDUCACIÓN INICIAL	10
1.1. Concepto de psicomotricidad y enfoque de psicomotricidad integral.....	10
1.1.1. Psicomotricidad según Henri Wallon	10
1.1.2. Psicomotricidad según Jean Le Boulch	11
1.1.3. Psicomotricidad según Bernard Aucouturier.....	11
1.2. La importancia del desarrollo de la psicomotricidad en los niños de educación inicial.....	14
1.3. Rol de la escuela y del docente en la práctica psicomotriz en educación inicial.....	19
CAPÍTULO II: EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN LOS NIÑOS DE EDUCACIÓN INICIAL	25
2.1. Concepto de inteligencia emocional y sus componentes.....	25
2.1.1. Inteligencia emocional según Goleman.....	25
2.2. Beneficios del desarrollo de la inteligencia emocional en niños de educación inicial	28
2.3. Rol de la escuela y del docente en el desarrollo de la inteligencia emocional en educación inicial	30
2.4. Relación entre la psicomotricidad integral y el desarrollo de la inteligencia emocional en niños y niñas de educación inicial	33
CONCLUSIONES	37
REFERENCIAS	39

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, la educación inicial no solo busca que los niños adquieran conocimientos, sino que se desarrollen de manera integral; esto implica considerar lo cognitivo, lo emocional, lo social y lo corporal. En este sentido, la psicomotricidad y la inteligencia emocional han cobrado gran importancia, pues consideran al infante un ser completo, en quien el movimiento, las emociones y el pensamiento están estrechamente conectados. Desde esta perspectiva, la psicomotricidad se entiende como la integración entre lo psíquico y lo motriz, facilitando que el niño se relacione con su entorno a través del cuerpo y la acción (Berruezo Adelantado, 2008).

Dentro de este enfoque, se destaca la propuesta de Bernard Aucouturier, quien planteó que el niño construye su pensamiento a partir del movimiento y la experiencia corporal. A través del juego y la expresividad motriz, el infante no solo se mueve, sino que también expresa emociones, construye significados y desarrolla su mundo interno (Aucouturier, 2004). En esa misma línea, diversos estudios han demostrado que la práctica psicomotriz, más allá de mejorar las habilidades motoras, tiene un impacto importante en el desarrollo emocional, ya que permite que los niños elaboren y regulen sus emociones de manera progresiva (Miraflores Gómez y Goldaracena Arboleda, 2021; Ostau de Lafond, 2019).

Por otro lado, la inteligencia emocional es un componente clave en el desarrollo infantil. Según Goleman (1995), esta se refiere a la capacidad de reconocer, comprender y manejar las propias emociones, así como de relacionarse adecuadamente con los demás. En el contexto educativo, desarrollar estas habilidades desde edades tempranas favorece la convivencia, la adaptación al entorno escolar y el bienestar general del niño (Bisquerra, 2009). Además, se ha encontrado que trabajar las competencias emocionales en el nivel inicial aporta considerablemente al desarrollo social y al aprendizaje (Guil Bozal et al., 2011).

En cuanto a los antecedentes, a nivel mundial existe amplia evidencia sobre la importancia del desarrollo psicomotor en la primera infancia. Investigaciones recientes han expuesto que las habilidades motoras tempranas se encuentran relacionadas con funciones cognitivas como la atención, la memoria y el control de impulsos, así como con la regulación emocional (Diamond, 2013; Villalva Cevallos et al., 2024). Otros estudios han encontrado que las actividades psicomotrices mejoran habilidades socioemocionales como la empatía, la cooperación y la autorregulación en los niños (Taco Taco et al., 2024).

En Latinoamérica, diversos estudios han confirmado que la psicomotricidad cumple un rol fundamental en el desarrollo integral del niño, ya que favorece los desarrollos motor, cognitivo y emocional, mejorando aspectos como la interacción social y el rendimiento académico desde edades tempranas (Silva Muñoz y Bayas Jaramillo, 2025). Además, investigaciones en el ámbito educativo resaltan que el rol del docente y la calidad de los ambientes de aprendizaje son determinantes para potenciar estas habilidades en los niños (Coll, 1990; Otálora Sevilla, 2010).

En el contexto peruano, si bien se reconoce la importancia de la psicomotricidad en la educación inicial, la mayoría de los estudios se han centrado en aspectos teóricos, lo que evidencia la necesidad de contar con más investigaciones empíricas que analicen su impacto en el desarrollo infantil (Napa Baca, 2021). A esto se le suma que muchos docentes, aunque valoran la psicomotricidad, presentan dificultades para aplicarla en el aula, debido a la falta de formación especializada y recursos adecuados (Díaz Díaz y Quintana Sosa, 2016).

A partir de lo expuesto, se puede observar que, aunque la psicomotricidad y la inteligencia emocional han sido ampliamente estudiadas, existe un vacío en investigaciones que analicen su relación de manera conjunta, sobre todo en contextos como el peruano. Si bien ambos enfoques aportan al desarrollo integral del niño, aún es limitada la evidencia que permita comprender cómo se complementan y potencian entre sí en la práctica educativa (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [Unesco], 2015).

Asimismo, se evidencia la necesidad de fortalecer la formación docente en estos ámbitos. Por un lado, la aplicación de la práctica psicomotriz, desde el enfoque de Aucouturier (2004), requiere conocimientos específicos y experiencia que aún no están ampliamente desarrollados en el contexto latinoamericano (Ministerio de Educación de Chile, 2017; Napa Baca, 2021). Por otro lado, el desarrollo de la inteligencia emocional también demanda una preparación docente que permita integrar adecuadamente estas competencias en el aula (Unesco, 2015).

En este contexto, la presente monografía resulta relevante, ya que busca analizar de qué manera la psicomotricidad integral favorece el desarrollo de la inteligencia emocional en niños y niñas de educación inicial. Para ello, se realiza una revisión de literatura científica con la finalidad de ofrecer un sustento teórico que permita comprender la relación entre ambos fenómenos.

La monografía se estructura en dos capítulos. El primero desarrolla el concepto de psicomotricidad, así como su importancia en el desarrollo integral de los niños y los roles que la escuela y los docentes cumplen en la práctica psicomotriz. El segundo aborda el concepto de inteligencia emocional, sus beneficios en el desarrollo cognitivo y socioemocional de los niños, el papel de la institución y la comunidad educativa para su fortalecimiento, y la relación entre ambos fenómenos de estudio. De esta manera, se espera aportar al conocimiento educativo y contribuir a la mejora de las prácticas pedagógicas, para así promover una educación más integral y centrada en el desarrollo pleno del niño.

CAPÍTULO I: LA PSICOMOTRICIDAD INTEGRAL EN LOS NIÑOS DE EDUCACIÓN INICIAL

1.1. Concepto de psicomotricidad y enfoque de psicomotricidad integral

La psicomotricidad, según el Forum Europeo de Psicomotricidad (1996, como se citó en Berruezo Adelantado, 2008), es una forma de entender a la persona de manera integral, donde se combinan aspectos como el pensamiento, las emociones, lo simbólico y el movimiento. Todo esto ayuda al individuo a desarrollarse, expresarse y relacionarse dentro de su entorno social. De Lièvre y Staes (1992, como se citó en Berruezo Adelantado, 2008) señalaron que la psicomotricidad es una capacidad humana que conecta la mente con el movimiento, lo que permite a la persona adaptarse a su entorno. A partir de estas ideas, surgen diferentes formas de trabajar la psicomotricidad, que pueden aplicarse a cualquier edad en ámbitos como la prevención, la educación, la reeducación y la terapia. De esta manera, el concepto de psicomotricidad ha ido evolucionando desde que surgió a principios del siglo XX, siendo influenciado por distintas disciplinas, como la biología, la filosofía, la psicología, la logopedia, el psicoanálisis, entre otras, en relación con la concepción del cuerpo (Berruezo Adelantado, 2008).

El término “psicomotricidad” fue acuñado, por primera vez, por el neurólogo Dupré (1925, como se citó en Mendiara Rivas, 2008), para referirse a la relación entre los trastornos mentales y los desórdenes motores:

Cuanto más se estudian los desórdenes motores en los psicópatas, más se llega a la convicción de las estrechas relaciones que hay entre las anomalías psíquicas y las anomalías motrices, relaciones que son la expresión de una solidaridad original y profunda entre los movimientos y el pensamiento. (p. 66)

En esta línea, la psicomotricidad se originó como una manera de rehabilitar en el contexto médico; sin embargo, el concepto se fue ampliando, lo que refleja su importancia en el desarrollo infantil.

1.1.1. Psicomotricidad según Henri Wallon

Henri Wallon, psicólogo e investigador francés, brindó las primeras bases de la relación entre el desarrollo del niño y la psicomotricidad. Wallon planteó que el desarrollo infantil no puede

entenderse separando el cuerpo de la mente, sino que ambos forman una unidad. Desde esta perspectiva, la psicomotricidad se convierte en un elemento clave, ya que el movimiento es el primer medio a través del cual el niño se relaciona con el mundo y comienza a construir su vida psíquica. Para Wallon, el desarrollo del niño se inicia a partir de las experiencias corporales, especialmente aquellas vinculadas con el tono muscular y las emociones. En este sentido, las primeras manifestaciones del niño no son cognitivas en sentido estricto, sino expresiones motrices cargadas de afectividad, lo que posiciona a la psicomotricidad como base del desarrollo psicológico (De Pena y Diez, 2023).

1.1.2. Psicomotricidad según Jean Le Boulch

De manera posterior, en la década de 1960, Jean Le Boulch, médico, psicólogo y pedagogo francés, considerado uno de los padres de la psicomotricidad educativa moderna, empieza a desarrollar el concepto de educación psicocinética, basado en la interacción entre el desarrollo motor y las funciones cognitivas y afectivas del niño. Este fue de los primeros métodos desarrollados en las escuelas, justo cuando la psicomotricidad comenzó a incorporarse como disciplina educativa en Francia y España (González Sancho, 2018).

Le Boulch (1981) introdujo el movimiento como herramienta central para el desarrollo integral del niño. En su obra *L'éducation par le mouvement* (1966), definió esta metodología como *psycho-cinétique*, aplicada específicamente al ámbito escolar para niños de 6 a 12 años. Su propuesta contaba con actividades estructuradas, secuenciadas y con objetivos definidos. A la par de este enfoque de educación psicocinética, surgieron también los postulados de psicomotricidad integral de Bernard Aucouturier.

1.1.3. Psicomotricidad según Bernard Aucouturier

La práctica psicomotriz, propuesta por Aucouturier (2004), se presenta como una intervención educativa y preventiva que promueve el desarrollo integral del niño a través del cuerpo, el movimiento y la expresividad emocional. Esta disciplina permite acompañar el crecimiento infantil desde una mirada sensible, integradora y profundamente respetuosa de los procesos internos del niño. La práctica psicomotriz se define como una intervención realizada por profesionales especializados en el enfoque de Aucouturier, dentro de instituciones clínicas o educativas, con el fin de apoyar el desarrollo integral del niño. Según sus fundamentos, el cuerpo no solo es el primer medio de relación con el mundo: es el canal privilegiado a través del cual se expresa la vida psíquica, afectiva y cognitiva (Chokler, 2015).

Al inicio de la vida, específicamente los primeros 24 meses, el niño estructura su pensamiento profundo, inconsciente y emocional, mediante la motricidad. De este modo, la acción, el juego y el vínculo con los adultos significativos se convierten en el núcleo desde el cual se construye el mundo interno y subjetivo del infante (Aucouturier, 2004; Chokler, 2015).

Aucouturier (2004) sostuvo que las primeras vivencias corporales del niño dejan marcas emocionales profundas que influyen directamente en la construcción de su identidad y en su desarrollo integral. Desde esta perspectiva, el cuerpo no es solo una herramienta para actuar, sino también un espacio donde se registran emociones, deseos y conflictos; es decir, a través del movimiento y la experiencia corporal, el infante expresa y organiza su mundo interno.

Dentro de su propuesta, un concepto clave es la resonancia tónico-emocional, que se refiere a una forma de comunicación no verbal basada en la empatía entre el psicomotricista y el niño. Esta comunicación se manifiesta mediante el tono muscular, las posturas y los gestos, lo que permite que el adulto se conecte con el estado emocional del niño sin imponer interpretaciones rígidas. Para Aucouturier, esta resonancia es una vía privilegiada para comprender el mundo interno infantil, ya que, a través de la observación atenta y la sintonía emocional, el profesional puede interpretar el significado profundo de las acciones, juegos y movimientos del menor. De este modo, se facilita la comprensión de angustias tempranas y conflictos inconscientes que se expresan corporalmente, lo cual resulta fundamental para una intervención adecuada. En la práctica, esta relación se traduce en un acompañamiento empático, donde el adulto puede reflejar de manera sutil los movimientos o posturas del niño, actuando como un “compañero simbólico” dentro del juego. Esta presencia, que contiene y valida su mundo interno, favorece la aparición de los llamados fantasmas de acción, otro concepto central en su enfoque (Aucouturier, 2004).

Aucouturier (2004) afirmó que los fantasmas de acción son representaciones inconscientes vinculadas con experiencias tempranas, deseos y emociones que no han sido completamente elaboradas. El niño las expresa a través del movimiento y el juego, repitiendo simbólicamente situaciones cargadas de afecto con el fin de comprenderlas y dominarlas. Por ello, el juego psicomotor no es una actividad aleatoria, sino un espacio significativo donde lo emocional y lo pulsional encuentran formas de expresión, permitiendo una reorganización psíquica. Gracias a un entorno seguro y al acompañamiento empático del adulto, el niño puede representar estos fantasmas mediante acciones como empujar, derribar, esconderse o conquistar objetos. Cuando estas conductas son acogidas sin juicio y con una adecuada

contención simbólica, se promueve la transformación de la descarga motriz en procesos de pensamiento y simbolización. De esta manera, los fantasmas de acción no solo evidencian conflictos internos, sino que también funcionan como una vía para su elaboración y resolución. En este sentido, la resonancia tónico-emocional permite que el niño transforme tensiones corporales en recursos simbólicos, reelabore miedos primitivos y convierta la energía impulsiva en creatividad y pensamiento.

En esta línea, la práctica psicomotriz propuesta por Aucouturier ofrece un marco estructurado que facilita la expresión y canalización de la energía del niño. Este enfoque se apoya en la organización del espacio, el tiempo y los materiales, así como en la presencia empática del adulto, con el objetivo de acompañar al niño en el paso del “placer de moverse” al “placer de pensar”. Entre sus principales estrategias destacan la estructuración del espacio psicomotor con materiales diversos, la ritualización de las sesiones con momentos definidos que brindan seguridad, el fomento del juego libre y la actitud no directiva del adulto, quien acompaña sin invadir y valida las emociones del niño. En conjunto, este enfoque confía en el cuerpo como medio de expresión y en la capacidad simbólica del niño como motor de desarrollo. Así, la práctica psicomotriz no solo favorece el desarrollo motor, sino que también responde a las necesidades emocionales profundas, ayudando al niño a reorganizar su mundo interno y a construir una identidad más segura y coherente (Aucouturier, 2004).

Los principales objetivos de esta práctica psicomotriz se articulan en torno a la promoción del bienestar emocional y la maduración integral del niño. De manera específica, se busca, en primer lugar, favorecer la constitución del yo, ya que el niño necesita constituirse como sujeto diferenciado en el vínculo con el otro. Esta construcción ocurre a través de experiencias corporales de contención, sostén y placer compartido que el adulto ofrece mediante su presencia y actitud. La práctica psicomotriz proporciona un encuadre que le ayuda a vivir dichas experiencias de forma simbólica y repetida, facilitando así la integración de sensaciones y emociones.

En segundo lugar, se busca asegurar la seguridad emocional en vista de que, durante la infancia, es común que el niño enfrente emociones intensas, como la angustia de separación, el miedo o la ira. Por esto, Aucouturier (2004) subrayó la importancia del “sentimiento de seguridad” como condición para el aprendizaje y el desarrollo. La práctica psicomotriz permite al niño elaborar estas emociones mediante el juego y el movimiento, sin ser reprimidas ni patologizadas.

En tercer lugar, se busca prevenir dificultades madurativas, ya que esta práctica permite detectar de forma temprana señales de desorganización motriz, emocional o relacional. A través de la observación de la expresividad motriz, se pueden interpretar indicadores relevantes que orienten intervenciones oportunas en los niños.

En cuarto lugar, busca fomentar el aprendizaje y la socialización, ello en vista de que el juego corporal y la acción libre generan placer, estimulan la curiosidad y abren paso a la simbolización, sentando así las bases para el desarrollo del lenguaje y del pensamiento lógico (Chokler, 2015). El autor agregó que la práctica psicomotriz, al promover el paso del “placer de actuar al placer de pensar”, apoya la transición del niño hacia el mundo de la cultura y la vida escolar.

En la propuesta de Aucouturier (2004), el juego espontáneo es considerado una actividad central para el desarrollo del niño, puesto que, mediante él, expresa, transforma y simboliza sus vivencias internas. De manera específica, el movimiento, los giros, los saltos, los escondites y los juegos de roles permiten al infante liberar tensiones, representar sus fantasías y construir nuevas formas de relación con el mundo. El autor clasificó los juegos en tres niveles: juegos sensoriomotores, que reaseguran la integración corporal; juegos de representación simbólica, que elaboran fantasías y emociones; y juegos con reglas preestablecidas, que promueven el distanciamiento emocional, la empatía y la socialización (Chokler, 2015).

En resumen, la práctica psicomotriz educativa y preventiva representa un enfoque profundamente humanista que sitúa al niño como protagonista de su desarrollo. Mediante un trabajo corporal sensible y sostenido, el menor integra sus vivencias, supera temores, establece vínculos sanos y se prepara para el aprendizaje formal. La propuesta de Aucouturier nos recuerda que toda intervención en la infancia debe estar orientada por el respeto al ritmo del niño, la confianza en su potencial y la comprensión de su historia a través del cuerpo.

1.2. La importancia del desarrollo de la psicomotricidad en los niños de educación inicial

El desarrollo psicomotor en la infancia constituye un proceso fundamental que articula el movimiento corporal con los procesos cognitivos, emocionales y sociales, permitiendo la construcción integral del niño. Este desarrollo no se limita a la adquisición de habilidades físicas, sino que implica la interacción entre el cuerpo, la mente y el entorno, configurando la base sobre la cual se desarrollan aprendizajes posteriores y competencias esenciales para la vida escolar y social (Molina Calderón y Piñón Gamez, 2024; Villalva Cevallos et al., 2024).

En el ámbito cognitivo, la psicomotricidad favorece el desarrollo de funciones ejecutivas como la atención, la memoria de trabajo y el control inhibitorio, que son indispensables para el aprendizaje formal. Las experiencias motrices tempranas estimulan la actividad cerebral y fortalecen las conexiones neuronales, lo que se traduce en una mayor capacidad para comprender, procesar información y resolver problemas (Arufe Giráldez et al., 2021; Villalva Cevallos et al., 2024). Asimismo, Silva Muñoz y Bayas Jaramillo (2025) afirmaron que el movimiento corporal contribuye al desarrollo del pensamiento, ya que permite al niño explorar su entorno, organizar la información y construir conocimientos significativos a partir de la experiencia.

En relación con las habilidades académicas, Coloma y Bayas (2024) sostuvieron que el desarrollo psicomotor tiene un impacto directo en procesos como la lectura y la escritura. La coordinación visomotriz, la precisión manual, el control postural y la orientación espacio-temporal son habilidades fundamentales para la adquisición de la lectoescritura. Los niños con un adecuado desarrollo psicomotor presentan un mejor desempeño en estas áreas, mientras que las dificultades motrices pueden afectar su aprendizaje escolar. De igual manera, Villalva Cevallos et al. (2024) agregaron que las habilidades motoras finas y gruesas adquiridas en la primera infancia influyen en el rendimiento académico general, pues facilitan la concentración y el cumplimiento de tareas escolares.

En el plano socioemocional, la psicomotricidad cumple un rol clave en el desarrollo de la autorregulación emocional, la empatía y la interacción social. A través del movimiento y el juego, los niños expresan emociones, establecen vínculos con otros y aprenden a regular su conducta. Las actividades psicomotrices fomentan habilidades como la cooperación, la comunicación y el trabajo en equipo; en consecuencia, contribuyen al bienestar emocional y a la adaptación social (Ortiz-Andrade et al., 2025; Taco Taco et al., 2024). Silva Muñoz y Bayas Jaramillo (2025) señalaron que el cuerpo funciona como un medio de expresión que permite al niño comunicar sentimientos y experiencias, fortaleciendo su identidad y autoestima.

Maganto Mateo y Cruz Sáez (2004) afirmaron que, desde una perspectiva integral, la psicomotricidad también potencia habilidades como el equilibrio, la coordinación, la lateralidad y el esquema corporal, que son fundamentales para la autonomía y la interacción con el entorno. Estas capacidades permiten que el menor se desenvuelva con mayor seguridad en su vida cotidiana y participe activamente en diversos contextos educativos y sociales.

La evidencia científica ha demostrado que practicar actividades psicomotrices de forma constante, sobre todo mediante el juego, produce mejoras importantes en lo cognitivo, lo socioemocional y en el rendimiento académico. Programas que integran el movimiento, la exploración y la interacción social logran potenciar múltiples competencias de manera simultánea, posicionando a la psicomotricidad como un eje central en la educación inicial (Silva Muñoz y Bayas Jaramillo, 2025; Taco Taco et al., 2024). En este sentido, la etapa preescolar es fundamental, ya que en los primeros años se forman las bases del desarrollo integral. La psicomotricidad no solo ayuda en el desarrollo inmediato, sino que también influye en el futuro éxito académico y social, al fortalecer habilidades clave que acompañarán al niño a lo largo de su educación (Mineduc et al., 2021; Villalva Cevallos et al., 2024).

De acuerdo con Piaget, los estudiantes de educación inicial se encuentran en la etapa preoperacional (2 a 7 años), la cual se caracteriza por el desarrollo de la capacidad simbólica y de la permanencia del objeto. En este momento, el pensamiento del infante aún es intuitivo y no completamente lógico, por lo que la comprensión de la realidad está más vinculada con acciones concretas y sus efectos tangibles en la realidad (García Basurto et al., 2025). Por consiguiente, la psicomotricidad, que integra el aspecto motor y cognitivo, favorece el desarrollo del pensamiento simbólico, ya que permite al infante la interiorización simbólica de sus acciones.

A través del juego simbólico, se crea un puente desde la exploración exclusivamente sensoriomotriz hacia la representación mental de situaciones, objetos y personas, sin la necesidad de que estos estén presentes. En este proceso, los niños construyen una representación propia del mundo externo, lo que implica un proceso cognitivo donde no solo imitan el exterior, sino que procesan la información y construyen activamente una nueva realidad, lo que les permite desarrollar habilidades cognitivas superiores y sentar las bases para el lenguaje, la lectura y escritura, a partir de la creación y asimilación de símbolos (García Basurto et al., 2025; González-Villavicencio et al., 2022).

Con respecto a la dimensión socioemocional y el juego simbólico, durante estos años, los niños internalizan los valores y las normas sociales, y desarrollan sus propios ideales y metas, lo que representa la consolidación de ciertos aspectos de la mente y la formación de la identidad; de este modo, llegan a vivenciar momentos de conflicto interno y ansiedad. En este sentido, a partir de los alcances del psicoanálisis, el juego simbólico brinda al niño un espacio seguro para expresar, vivenciar y canalizar sus emociones, lo que le ayuda a resolver conflictos

internos y regularse emocionalmente, así como procesar eventos traumáticos. Cabe recalcar que este tipo de juego aporta a la constitución de la identidad, ya que permite explorar diferentes roles, escenarios y formas de relacionarse con los demás (Acuña Bermúdez, 2018; Luzzi y Bardi, 2009).

Según Wallon, los niños del nivel inicial se encuentran en el estadio del personalismo (3 a 5 años), que se caracteriza por un momento clave en la construcción de la identidad del niño. En esta etapa, ya no actúa solo en función de estímulos externos, sino que empieza a expresar intenciones propias y a construir una imagen de sí mismo en relación con los otros.

En este contexto, la psicomotricidad cumple un papel fundamental, ya que el movimiento, más allá de una actividad física, es un medio de expresión emocional, cognitiva y social. Durante el estadio del personalismo, el cuerpo se convierte en una herramienta a través de la cual el menor comunica sus emociones, afirma su autonomía y establece vínculos con su entorno (Mesonero Valhondo, 1987).

Específicamente, Mesonero Valhondo (1987) expuso que el desarrollo psicomotor en esta etapa favorece el aspecto cognitivo, dado que, mediante la interacción activa con el medio que, el niño logra comprender la realidad, desarrollar habilidades simbólicas y avanzar en su pensamiento. El movimiento contribuye a la estructuración de la conciencia, permitiendo que el niño pase de una experiencia centrada en la acción a una más reflexiva y organizada.

En el plano emocional, la psicomotricidad permite al infante expresar sentimientos como la alegría, la frustración o la necesidad de afecto, emociones que suelen ser intensas y cambiantes durante esta etapa, y el cuerpo actúa como el principal canal de manifestación. A través del movimiento, el niño aprende a manejar sus emociones y a desarrollar un equilibrio afectivo, lo cual es clave para la formación de su personalidad.

En el plano social, la psicomotricidad favorece la relación con otras personas, puesto que, mediante el juego y las actividades compartidas, el menor comienza a interactuar, colaborar y entender normas. Durante esta etapa, aumenta su interés por los demás y el desarrollo psicomotor ayuda a fortalecer habilidades sociales como la empatía, la comunicación y el trabajo en equipo. Esto es importante porque marca el paso de una visión centrada en sí mismo hacia una integración progresiva en la vida social.

Diversas investigaciones han evidenciado que promover la actividad física desde la infancia no solo favorece el desarrollo corporal, sino que también impacta de manera positiva en el ámbito cognitivo y socioemocional. Asimismo, se señalaron que las estrategias basadas en el juego, que combinan el movimiento corporal y la actividad física, ayudan a desarrollar el pensamiento, mejoran la expresión y el control emocional, fortalecen las relaciones con los demás y aportan de manera importante al rendimiento académico (Silva Delgado et al., 2024).

En la misma línea, San Vicente Parada (2021) indicó que el juego favorece el desarrollo psicomotor en la infancia, ya que estimula el aprendizaje y permite a los niños expresar su imaginación, curiosidad y creatividad. Según Aucouturier (2004), el juego grupal se convierte en un escenario clave para que el niño se construya como sujeto en relación con los demás. Mesonero Valhondo (1987) agregó que, en las interacciones corporales espontáneas, el niño no solo explora su propio cuerpo y sus emociones, sino que también reconoce al otro como diferente y complementario.

Tal como señaló Aucouturier (2004), este tipo de experiencias favorece la apertura hacia el otro, lo que posibilita que el niño internalice límites a través del vínculo, lo que contribuye a su seguridad emocional y al desarrollo de habilidades sociales. En este proceso, el cuerpo es el primer medio de comunicación, donde los gestos, el movimiento y el contacto físico permiten crear vínculos con los demás y abren un espacio clave para el aprendizaje en los primeros años de vida.

Desde la perspectiva de la psicomotricidad integral de Aucouturier (2004), el juego libre y la exploración ayudan al niño a integrar sus experiencias, manejar sus emociones y construir tanto su imagen corporal como su identidad. Esta práctica psicomotriz contribuye a que el infante libere tensiones internas, canalice la ansiedad y regule estados emocionales como la frustración, el miedo o la euforia. En este contexto, el espacio psicomotor se vuelve un entorno seguro donde el niño puede expresar sus experiencias, enfrentar conflictos internos y probar distintos roles, lo que aporta de manera importante a la formación de su identidad.

Aucouturier (2004) señaló que la práctica psicomotriz le permite al niño explorar y manifestar su mundo interno a través del movimiento, la acción y el juego simbólico, respetando su ritmo de desarrollo y sus necesidades emocionales. De esta manera, favorece la toma de conciencia de su propio cuerpo, de sus límites y posibilidades, aspectos que son esenciales en la construcción de la identidad. Además, el juego corporal espontáneo ayuda a

conectar las emociones, el pensamiento y la acción, favoreciendo no solo la autonomía y la autoestima, sino también el desarrollo de habilidades sociales y de comunicación. En la interacción con sus pares, el niño aprende a negociar, a esperar turnos, a ponerse en el lugar del otro y a construir normas compartidas; así, se sientan las bases para una convivencia armónica. Dicho esto, el movimiento y el juego se constituyen como medios privilegiados para el desarrollo integral del niño, porque permiten que se exprese, relacione y aprenda desde su corporeidad y experiencia directa con el mundo. Respecto al juego y a la psicomotricidad, Quirós Pérez y Arráez Martínez (2005) agregaron lo siguiente:

Jugar es para todo niño una necesidad esencial y la herramienta que le permitirá conocerse a sí mismo y el mundo al que pertenece. La psicomotricidad propone un modelo diferente de acercarse al niño desde el respeto a sus necesidades, su manera de ser y de expresarse. (p. 24)

En síntesis, el desarrollo psicomotor y la psicomotricidad cumplen un rol esencial en la formación integral del niño en edad preescolar. A través del movimiento y la experiencia corporal, se favorece el desarrollo de habilidades cognitivas, académicas y socioemocionales que son indispensables para el aprendizaje y la convivencia. La práctica psicomotriz de Aucouturier no solo acompaña los procesos evolutivos del niño, sino que también los estimula e integra de forma armónica, consolidándose como una propuesta profundamente respetuosa hacia el niño y su modo de ser y estar en el mundo. Su incorporación en los procesos educativos resulta necesaria y estratégica, ya que permite potenciar el desarrollo global del niño y sentar las bases para su futuro desempeño académico y social. En esta línea, es fundamental comprender el rol que cumplen las instituciones educativas y los docentes para la incorporación de esta práctica en el ámbito educativo.

1.3. Rol de la escuela y del docente en la práctica psicomotriz en educación inicial

El desarrollo integral de los niños no solo depende de lo que aprenden con la mente, sino también de lo que aprenden a través del cuerpo y del movimiento. La psicomotricidad tiene un papel fundamental porque no se limita a aprender movimientos como correr o saltar, sino que implica la integración del cuerpo, los pensamientos y las emociones. Así, se convierte en una herramienta que permite a los niños conocerse mejor, comprender lo que sienten y relacionarse de manera más adecuada con su entorno (San Vicente Parada, 2021).

En esta misma línea, San Vicente Parada (2021) destacó que esta conexión entre cuerpo, mente y emociones es clave desde la primera infancia, porque favorece el desarrollo cognitivo, emocional y social, ya que contribuye a que los niños crezcan de forma equilibrada y segura. En consecuencia, al hablar de psicomotricidad, sería incorrecto referirse únicamente a movimientos físicos, como caminar, trepar o lanzar una pelota. El desarrollo psicomotor es un proceso complejo que incluye cómo los niños perciben su entorno a través de los sentidos, cómo piensan sobre sus acciones y cómo expresan sus emociones con el cuerpo; es decir, moverse también es una forma de aprender, comunicarse y vivir experiencias. Por eso, en la educación inicial, es fundamental incorporar actividades psicomotrices como parte clave del aprendizaje. En este contexto, según la Unesco (2015), la escuela tiene una gran responsabilidad en vista de que no solo es un lugar donde se enseña a leer o a contar, sino también un espacio donde se deben fomentar experiencias físicas, emocionales y sociales que ayuden a los niños a desarrollarse en todos los sentidos.

La escuela debe ofrecer ambientes seguros, cómodos y motivadores, donde los niños puedan moverse con libertad, jugar, explorar y experimentar sin miedo. Cuando los espacios escolares están bien diseñados y pensados para el juego y la exploración, los niños se sienten más curiosos, se animan a descubrir cosas por sí mismos y esto mejora notablemente su desarrollo psicomotor, por lo que adaptar el espacio educativo es muy importante. Las aulas deben contar con materiales que inviten a moverse, zonas de juego variadas, elementos que estimulen los sentidos, recursos que despierten la creatividad y el deseo de jugar, permitiendo a los niños aprender mientras se divierten (Unesco, 2015; Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, 2018).

La escuela, entonces, no solo debe enfocarse en enseñar conocimientos abstractos como números o letras, sino también en convertirse en un lugar activo, donde los niños vivan experiencias que involucren su cuerpo, emociones y mente al mismo tiempo (Aucouturier, 2004; Le Boulch, 1981; Piaget e Inhelder, 1972; Wallon, 1987). Aucouturier (2004) sostuvo que, dentro de este entorno, el rol del docente también cambia; ya no es solo un transmisor de información, sino un guía y acompañante en el proceso de aprendizaje de cada niño. Esto significa que debe observar con atención cómo se mueve cada niño, cómo reacciona, qué le gusta y qué le cuesta más (Aucouturier, 2004; Le Boulch, 1981; Piaget e Inhelder, 1972; Wallon, 1987).

De acuerdo con Piaget (1973), el docente debe ser alguien que comprenda las diferencias individuales; es decir, que sepa que cada niño tiene su propio ritmo de aprendizaje y su propia forma de interactuar con el mundo. En esta línea, Le Boulch (1981) agregó que el docente debe adaptar las actividades según las necesidades de cada niño, apoyando sus fortalezas y ayudándolo en aquello que le resulta más difícil. Aucouturier (2004) manifestó que, para cumplir este rol, el docente debe estar bien preparado, conocer los principios de la psicomotricidad y tener una actitud abierta, flexible y comprensiva. De esta manera, el docente debe crear un ambiente donde los niños se sientan seguros, sin miedo a equivocarse o a ser juzgados, para así atreverse a probar cosas nuevas, ganar confianza en sí mismos y desarrollar su autonomía y autoestima.

Cuando se trata de aplicar la psicomotricidad en el aula, las estrategias pedagógicas pueden ser diversas y adaptarse a las características de los niños. En este sentido, actividades como juegos grupales favorecen la socialización, mientras que propuestas de expresión corporal, como la danza o la dramatización, estimulan la imaginación y la comunicación (Aucouturier, 2004). Asimismo, Le Boulch (1981) reveló que ejercicios orientados al equilibrio, la coordinación y el control corporal contribuyen al desarrollo integral del niño, permitiéndole conocer mejor su propio cuerpo y sus posibilidades de acción. A su vez, el uso de materiales como pelotas, cuerdas, colchonetas o bloques también resulta fundamental, ya que incentiva el movimiento y la exploración activa del entorno.

Para Wallon (1979) y Aucouturier (2004), es importante que el docente ofrezca una variedad de actividades y las adapte a los intereses y ritmos de cada niño, para así promover un ambiente seguro, libre de presión y emocionalmente favorable para el aprendizaje. En este contexto, el rol del docente no se limita a aplicar técnicas, sino que implica observar constantemente las respuestas de los niños y ajustar sus estrategias pedagógicas según sea necesario. De este modo, la creatividad, la flexibilidad y la capacidad de adaptación se convierten en elementos clave para que las actividades psicomotrices sean efectivas y contribuyan verdaderamente al desarrollo cognitivo, emocional y social de los niños.

Ahondando más en el rol docente, existen tres aspectos fundamentales en su accionar como adulto significativo en el ámbito educativo. En primer lugar, como guía y facilitador de los momentos pedagógicos; al organizar el espacio y el tiempo para crear ambientes seguros y motivadores, que permitan a los niños explorar libremente y desarrollar sus capacidades motrices, cognitivas, emocionales y sociales. En segundo lugar, como referente afectivo, al

interactuar con los niños y formar vínculos estables y duraderos; en tercer lugar, como promotor de la iniciativa y autonomía, al incentivar a los niños a volverse protagonistas de su propio proceso de aprendizaje (Ministerio de Educación [Minedu], 2012). En este sentido, la práctica psicomotriz, basada en los principios de Aucouturier, promueve que los niños vivan y experimenten su entorno, así como la relación con los demás. A través del descubrimiento y la exploración, logran conocer e integrar de manera natural tanto su propio cuerpo como el mundo que los rodea (Minedu, 2008).

En cuanto a las características del docente en la práctica psicomotriz, se requiere una combinación de habilidades técnicas, metodológicas y personales. Entre las más importantes, se destaca la empatía y la sensibilidad para conectar con las emociones de los niños, la creatividad para proponer actividades variadas y adaptarse a distintas situaciones, y la paciencia y flexibilidad para respetar el ritmo y estilo de aprendizaje de cada niño. También, es clave la capacidad de observación, que permite identificar sus necesidades e intereses, así como contar con conocimientos sobre el desarrollo infantil para comprender sus etapas de crecimiento. A esto se le suman las buenas habilidades comunicativas para interactuar de manera clara: la disposición para disfrutar del juego junto a los niños, la práctica constante de la reflexión y la autoevaluación para mejorar su labor. Finalmente, el docente debe saber organizar y planificar actividades, diseñar espacios adecuados y elegir materiales acordes a la edad y a las propuestas psicomotrices (Minedu, 2012).

En relación con las características específicas del espacio durante la práctica psicomotriz, Aucouturier (2004) manifestó que los espacios para la ejecución de las actividades psicomotrices deben ser amplios, acogedores, seguros, de acorde a la edad de los niños y estar adaptados a las necesidades e intereses particulares, para así favorecer la libre exploración y el movimiento. Para este último punto, es importante que el espacio esté implementado con materiales diversos que estimulen en los niños experiencias sensoriales y motoras. En esta línea, el espacio debe invitar al desarrollo del juego, a la creatividad e interacción, ya sea a través de actividades dirigidas o actividades de juego libre, en un entorno que brinde seguridad física y afectiva a los niños.

No menos importante, Aucouturier (2004) agregó que el espacio debe estar bien iluminado con luz natural y ventilado con buena circulación del aire, además de contar con zonas de calma o rincones, donde los niños puedan descansar durante o luego de la actividad psicomotriz. Asimismo, el espacio debe estar limpio y ordenado, promoviendo la práctica del

cuidado por el espacio y el orden de los materiales al culminar toda actividad psicomotriz. En esta línea, es clave tener límites claros, pero flexibles, estableciendo reglas y normas de convivencia para la seguridad, sin limitar la libertad de movimiento. Al respecto, el Minedu (2012) mencionó lo siguiente:

Este espacio si bien se puede ubicar en el exterior (...) es necesario que esté delimitado visualmente para niños y niñas pues (...) debe brindar seguridad afectiva y física (...) es importante la previsión de materiales y del espacio adecuado libre de obstáculos o peligros, para desarrollar las actividades motrices, teniendo en cuenta la edad de los niños y niñas y la cantidad de los mismos. (pp. 36-39)

Cabe mencionar que la evaluación durante la práctica psicomotriz también tiene un papel significativo (Aucouturier, 2004). Black y William (1998) señalaron que la evaluación no debe verse como una simple nota o calificación, sino utilizarse para conocer cómo está avanzando cada niño y cómo se puede mejorar la enseñanza. Los docentes pueden usar tanto evaluaciones formales, como pequeñas pruebas o registros, como observaciones informales, prestando atención a lo que hacen los niños durante el juego o las actividades (Aucouturier, 2004; Minedu, 2016). De esta manera, la evaluación debe ser formativa y debe servir para dar retroalimentación constante y ayudar a que los niños y docentes sepan qué está funcionando adecuadamente y qué se puede mejorar, permitiendo la personalización en el aprendizaje y el progreso de este (Black y William, 1998).

Por último, es importante recalcar que la psicomotricidad no debe trabajarse de forma aislada como un área independiente, sino que debe integrarse con otras áreas del currículo, como el lenguaje, las matemáticas, la ciencia y el arte, favoreciendo un aprendizaje más global y significativo en los niños (Minedu, 2016). En este sentido, el movimiento se convierte en un medio para el aprendizaje, porque posibilita que los niños, por ejemplo, adquieran un nuevo vocabulario, mientras realizan actividades corporales o desarrollen nociones matemáticas al contar objetos durante el juego (Le Boulch, 1981).

Coll (1990) expuso que esta integración de saberes responde a un enfoque interdisciplinario, en el cual los conocimientos no se presentan de manera fragmentada, sino interrelacionada, facilitando una mejor comprensión de la realidad. Asimismo, Minedu (2016) agregó que, cuando las experiencias de aprendizaje se articulan entre distintas áreas, los niños logran construir aprendizajes más profundos, útiles y transferibles a su vida cotidiana. Para

lograrlo, según Coll (1990), es fundamental que los docentes planifiquen de manera alineada, trabajen colaborativamente y compartan objetivos comunes, promoviendo así una enseñanza coherente e integral.

En conclusión, la práctica psicomotriz se revela como una herramienta esencial e indispensable para promover el desarrollo integral de los niños en la educación inicial. No obstante, su efectividad e impacto positivo dependen, en gran medida, de la calidad de la práctica docente, del entorno escolar y del grado de compromiso y consistencia de la comunidad educativa. En esta línea, es fundamental que los docentes sean conscientes de su rol como mediadores, guías y facilitadores del aprendizaje, y que estén dispuestos a reflexionar sobre su práctica, innovar en sus estrategias y mejorar de manera continua su desempeño profesional. Al hacerlo, podrán crear un entorno de aprendizaje enriquecedor y estimulante que fomente el desarrollo psicomotor de los niños y los prepare para enfrentar desafíos futuros, permitiéndoles alcanzar así su máximo potencial.

CAPÍTULO II: EL DESARROLLO DE LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN LOS NIÑOS DE EDUCACIÓN INICIAL

2.1. Concepto de inteligencia emocional y sus componentes

La inteligencia emocional es un concepto psicológico que se refiere a la capacidad de una persona para reconocer y comprender sus propias emociones. Este término fue desarrollado por los psicólogos Salovey y Mayer en la década de 1990, y más adelante dio lugar a la creación del test Mayer-Salovey-Caruso (TIEMSC) (Extremera Pacheco y Fernández Berrocal, 2004).

Antes de ello, el psicólogo y pedagogo estadounidense Edward L. Thorndike ya había introducido la idea de “inteligencia social”, con la que explicaba la habilidad de entender y relacionarse con otras personas. Por otra parte, en 1940, David Wechsler, psicólogo rumano-estadounidense, planteó que los test de inteligencia no estaban completos, ya que no contemplaban factores no intelectivos, los cuales tienen significativa influencia en el comportamiento y la toma de decisiones (Molero Moreno et al., 1998).

En esta misma línea, en 1983, Howard Gardner planteó la idea de la inteligencia interpersonal, que se refiere a la capacidad de comprender a los demás, y la inteligencia intrapersonal, que implica conocerse a uno mismo. Según este autor, la inteligencia no es una sola habilidad que pueda medirse con una prueba, sino un conjunto de capacidades, donde el ámbito emocional, incluyendo lo interpersonal e intrapersonal, cumple un papel clave al dar sentido y organizar al resto de capacidades. En ese sentido, no es posible evaluar el desarrollo cognitivo de una persona sin tomar en cuenta su habilidad para relacionarse de manera saludable con los demás y consigo misma (Ernst-Slavit, 2001).

2.1.1. Inteligencia emocional según Goleman

En 1995, se publicó el libro *Inteligencia Emocional* del psicólogo clínico Daniel Goleman, en el cual recogió las investigaciones de Salovey y Mayer, así como lo propuesto por Gardner respecto a la inteligencia interpersonal e intrapersonal. Su estudio no solo popularizó el término, sino que definió la inteligencia emocional como un conjunto de habilidades que pueden ser desarrolladas y potenciadas; a su vez, las clasificó dentro de cinco dimensiones principales (Goleman, 1995).

Como primer componente, el autor planteó el conocimiento de las propias emociones, que hace referencia a la capacidad de reconocer un sentimiento al momento que aparece y es la base para construir y desarrollar la inteligencia emocional. Este componente abarca la capacidad de tener un estado de conciencia autorreflexiva, logrando poner atención a los propios estados internos desde la neutralidad. Esta capacidad está ligada al desarrollo del autoconocimiento y es fundamental para actuar y tomar decisiones. Además, sobre esta se edifican otras habilidades cruciales, como el autocontrol emocional. Para lograr esta conciencia emocional, es necesario el desarrollo de un lenguaje emocional amplio que permita reconocer las sensaciones y nombrarlas como emociones.

En segundo lugar, considera la capacidad de controlar las emociones. Una vez desarrollada la conciencia de uno mismo, es posible adecuar las emociones a un momento y contexto específico. Es importante destacar que el abordaje en cada emoción es distinto. El autor propuso estrategias como la respiración, la lectura, una larga caminata o el ejercicio activo para manejar la ira o el enfado, ya que estos permiten que el cuerpo, a nivel fisiológico, se vuelva a regular, disminuyendo el nivel de excitación.

En el caso de la tristeza, propuso aprender a afrontar los pensamientos detrás de las emociones y reflexionar a partir de ello, aunque también mencionó la eficacia de realizar actividades agradables de manera consciente y deliberada. Asimismo, planteó que algunas personas logran regular su estado emocional a partir de reprimir los sentimientos que consideran problemáticos, como la ira o la ansiedad, aunque las pruebas evidencian que, a pesar de la aparente calma, las emociones generan alteraciones fisiológicas; en otras palabras, la emoción igual existe y se refleja en el cuerpo, pero esta se ignora creando una disonancia.

Este mecanismo suele ser una forma de protección aprendida en la infancia, ya sea por vivencias traumáticas o aprendizaje vicario, y puede llevar a trastornos disociativos. Por ello, es importante tener en cuenta que, cuando se habla de manejo de emociones, se hace referencia a una autorregulación y no a un control. En esta línea, no significa que se deban reprimir los sentimientos, ya que estos tienen una razón de ser, así como una función y un valor, siendo una respuesta a diversas vivencias, así como una oportunidad de reflexión sobre uno mismo. Respecto a la autorregulación emocional en los infantes, Goleman (1995) argumentó lo siguiente:

El arte de calmarse a uno mismo constituye una habilidad vital fundamental, y algunos intérpretes del pensamiento psicoanalítico, como, por ejemplo, John Bowlby y D.W. Winnicott consideran que se trata del más fundamental de los recursos psicológicos. En teoría, los niños emocionalmente sanos aprenden a calmarse tratándose a sí mismos del modo en que han sido tratados por los demás, y es así como se vuelven menos vulnerables a las erupciones del cerebro emocional. (p. 40)

Como tercer componente, la capacidad de motivarse a uno mismo se refiere al impulso para lograr un objetivo sin depender de una motivación externa o una gratificación instantánea. La automotivación está ligada a la capacidad de demorar la gratificación y apaciguar la impulsividad, lo que ayuda a desarrollar una mayor tolerancia a la frustración. El autocontrol emocional es lo que permite a uno mantener la motivación y la atención a pesar de los obstáculos y frustraciones, siendo ello crucial para concretar logros a nivel personal, así como para conseguir el éxito académico y profesional.

En cuarto lugar, reconocer las emociones de otras personas es una habilidad clave para comprenderlas mejor. Esto implica no solo escuchar lo que dicen, sino también observar sus gestos, expresiones faciales y el tono de voz. Cuando una persona logra ponerse en el lugar de otra, puede entender sus necesidades y sentimientos con mayor profundidad, lo que favorece una comunicación más efectiva y fortalece las relaciones interpersonales. Asimismo, la empatía favorece el desarrollo de otras habilidades sociales importantes, puesto que, cuando una persona entiende cómo se sienten los demás, puede actuar con mayor sensibilidad y tomar mejores decisiones en situaciones de conflicto o trabajo en equipo.

En quinto lugar, el manejo de las relaciones se vincula con la capacidad de desenvolverse adecuadamente en las interacciones con otras personas. Este componente implica saber comunicarse con respeto, influir positivamente y resolver conflictos. En esta línea, no se trata de controlar a las personas, sino de saber actuar con equilibrio emocional para mantener relaciones sanas y constructivas. Esta habilidad permite que las conexiones con otros sean más estables y basadas en la confianza. Además, el manejo de las relaciones ayuda a trabajar mejor en equipo y a convivir en distintos entornos, como la familia, la escuela y el trabajo. Una persona que domina esta habilidad sabe escuchar, negociar y adaptarse a diferentes situaciones sin perder la calma. A su vez, es capaz de resolver problemas de forma pacífica y de motivar a los demás cuando es necesario (Goleman, 1995).

En conclusión, la propuesta de inteligencia emocional desarrollada por Goleman destaca la importancia de las emociones como un componente esencial del desarrollo humano. Las habilidades de autoconocimiento, autorregulación, motivación, empatía y manejo de las relaciones están conectadas entre sí y contribuyen al bienestar tanto personal como social. Más allá de ser capacidades innatas, estas pueden aprenderse y fortalecerse a lo largo de la vida, sobre todo durante la infancia, etapa en la que se establecen las bases de la personalidad, la convivencia y el aprendizaje. Por ello, comprender los elementos de la inteligencia emocional es fundamental para reconocer su impacto en el desarrollo de los niños, así como su relación con los procesos educativos y psicomotores que favorecen al desarrollo integral.

2.2. Beneficios del desarrollo de la inteligencia emocional en niños de educación inicial

La inteligencia emocional es fundamental para el desarrollo integral de los niños, ya que les permite comprender sus emociones, regular sus respuestas emocionales y relacionarse de manera saludable con los demás desde edades tempranas. Desde la perspectiva de Goleman, las habilidades emocionales no son fijas o están determinadas biológicamente, más bien son capacidades susceptibles de aprendizaje y fortalecimiento a través de la experiencia y la educación. Por tal motivo, la infancia representa una etapa privilegiada para su desarrollo, dado que, durante estos años, se establecen las bases de la personalidad, la convivencia social y los hábitos emocionales que influyen en el bienestar futuro (Goleman, 1995; Poch Olivé, 2001).

Durante los primeros años de vida, el cerebro presenta una gran plasticidad, lo que facilita la adquisición de aprendizajes y la consolidación de patrones de comportamiento que pueden mantenerse a lo largo del tiempo (Poch Olivé, 2001). En esta línea, las experiencias y vivencias tempranas, las interacciones con los adultos significativos y el entorno educativo desempeñan un papel fundamental en la construcción de las competencias emocionales (López Cassá, 2005).

En este sentido, enseñar habilidades relacionadas con el reconocimiento, la expresión y la regulación de las emociones desde edades tempranas resulta más efectivo que intentar desarrollarlas cuando los patrones de conducta ya se encuentran consolidados (Goleman, 1995; López Cassá, 2005). Los niños aprenden principalmente a través de la observación, imitación y repetición de experiencias cotidianas (Bandura, 1971), por lo que las prácticas emocionales que se promueven en la familia y en los espacios educativos tienden a convertirse en hábitos duraderos (Bandura, 1971; López Cassá, 2005).

Para Schwindt (2024), entre los cuatro y seis años, se producen avances significativos en el desarrollo emocional. Durante esta etapa, el lenguaje adquiere una función central, ya que permite expresar sentimientos, comunicar necesidades y comprender progresivamente los estados emocionales propios y ajenos. A medida que se consolida la conciencia emocional, comienzan a identificar con mayor claridad lo que sienten y las causas de dichas emociones. Paralelamente, el juego simbólico se convierte en un medio privilegiado para representar experiencias, elaborar conflictos internos y ensayar formas de regulación emocional. Hacia los seis años, el progresivo abandono del egocentrismo facilita una mayor comprensión de los otros y amplía las posibilidades de interacción social y el desarrollo de la empatía.

Chaverri Chaves y León González (2022) señalaron que la inteligencia emocional mantiene una estrecha relación con los procesos de aprendizaje. El desarrollo de habilidades como el autocontrol y la autorregulación emocional favorecen la capacidad de concentración, atención y persistencia frente a las tareas escolares. El aprendizaje requiere esfuerzos sostenidos y la capacidad de tolerar la frustración ante los errores o dificultades; por ello, los niños que desarrollan un adecuado manejo emocional suelen mostrar una mayor disposición para alcanzar metas académicas y afrontar los desafíos propios del proceso educativo. En este sentido, las competencias emocionales constituyen un recurso primordial que facilita el desarrollo cognitivo y aumenta el rendimiento escolar.

Según Goleman (1995) y Chaverri Chaves y León González (2022), el fortalecimiento de la inteligencia emocional contribuye a la construcción de relaciones interpersonales positivas. El reconocimiento de las emociones ajenas y la capacidad de regular las propias favorecen conductas de cooperación, respeto y resolución pacífica de conflictos. Los niños que desarrollan estas habilidades expresan sus necesidades de manera adecuada, escuchan a los demás y responden con empatía ante distintas situaciones sociales. Así, se generan vínculos saludables y un clima de convivencia que favorece el bienestar individual y colectivo.

Otro aspecto relevante es su influencia sobre la salud integral, tanto física como mental. La capacidad de autorregular las emociones permite afrontar situaciones de estrés con mayor equilibrio y desarrollar estrategias de afrontamiento más adaptativas. A su vez, favorece la adopción de hábitos saludables y el desarrollo de conductas responsables orientadas al cuidado personal. Estas competencias actúan como factores protectores frente a diversas dificultades emocionales y sociales, promoviendo una mejor calidad de vida desde edades tempranas (Chaverri Chaves y León González, 2022).

La inteligencia emocional proporciona herramientas que permiten afrontar de manera más adecuada las diferentes situaciones que se presentan a lo largo de la vida. La capacidad de reconocer las emociones propias y comprender su origen favorece una toma de decisiones más consciente y una mejor adaptación a los cambios y desafíos cotidianos. Asimismo, contribuye al desarrollo de una imagen positiva de sí mismo, fortaleciendo la autoestima y la confianza personal. Estas habilidades son esenciales en todas las etapas de la vida, por lo que es vital su aprendizaje, el cual se construye desde temprana edad (Goleman, 1995; Schwindt, 2024).

No menos importante, Goleman (1995) y Chaverri Chaves y León González (2022) afirmaron que la inteligencia emocional constituye una base fundamental para la formación de valores y actitudes éticas. La empatía, la responsabilidad, la solidaridad y el respeto hacia los demás se basan en la capacidad de reconocer y comprender las emociones propias y las de los otros. Por ello, fomentar la inteligencia emocional desde la educación inicial no solo mejora el bienestar de los niños, sino que también ayuda a formar personas capaces de relacionarse de manera saludable, enfrentar desafíos de forma positiva y participar activamente en la sociedad.

En síntesis, el desarrollo de la inteligencia emocional en la educación inicial es fundamental para el crecimiento integral de los niños, ya que les permite comprender y regular sus emociones, así como relacionarse de manera positiva con los demás. Aprovechar la plasticidad cerebral de esta etapa facilita la consolidación de habilidades que favorecen el aprendizaje, la convivencia, la salud y una autoestima sólida. Además, estas competencias constituyen la base para la formación de valores y para afrontar los desafíos de la vida de manera equilibrada. En este sentido, resulta imprescindible analizar cómo los espacios educativos y, especialmente, el rol de la escuela y del docente influyen en la promoción y el fortalecimiento de la inteligencia emocional desde edades tempranas.

2.3. Rol de la escuela y del docente en el desarrollo de la inteligencia emocional en educación inicial

El desarrollo de la inteligencia emocional en la educación inicial es un aspecto clave para la formación integral de los niños, ya que no solo influye en cómo se sienten, sino también en cómo aprenden, se relacionan y enfrentan diferentes situaciones. La inteligencia emocional implica reconocer, comprender y manejar las propias emociones, así como entender las de los demás. Estas habilidades son fundamentales desde los primeros años de vida, porque ayudan a los niños a desenvolverse mejor en su entorno y a construir relaciones positivas (Bisquerra, 2009; Sánchez Calvo, 2023).

En este contexto, la escuela cumple un rol primordial, ya que es uno de los primeros espacios donde los niños conviven con otros fuera de su familia. En el colegio, no solo aprenden contenidos académicos, sino también a compartir, respetar, expresar lo que sienten y resolver conflictos. Las emociones están presentes en todo momento, por lo que la escuela se convierte en un lugar ideal para acompañar y guiar este desarrollo (López Cassá, 2005). Bisquerra (2009) planteó que la educación emocional surge como una respuesta a la necesidad de integrar el desarrollo afectivo dentro del sistema educativo, superando el enfoque tradicional centrado únicamente en lo cognitivo. Sobre ello, Guil Bozal et al. (2011) expusieron que integrar la educación emocional dentro del aula permite que los niños desarrollen habilidades como la empatía, el autocontrol y la comunicación, las cuales son necesarias para su vida diaria.

Dentro de este escenario, el docente tiene un papel fundamental, ya que actúa como mediador entre el niño y sus aprendizajes cognitivos y emocionales. Para Coll (1990), el docente, más allá de impartir conocimientos, guía, acompaña y sirve como ejemplo para los alumnos, ayudándolos a construir significados a partir de sus experiencias. En el caso de la inteligencia emocional, el docente debe crear un ambiente de confianza, donde los niños se sientan seguros para expresar lo que sienten y aprender a gestionar sus emociones.

Diversos estudios han evidenciado que las prácticas pedagógicas que utilizan los docentes influyen directamente en el desarrollo emocional de los niños. Vilcarima Leiva (2025) reconoció que las estrategias docentes orientadas a la reflexión emocional, el diálogo y la expresión afectiva favorecen significativamente el desarrollo de estas competencias socioemocionales en los niños. Asimismo, Ronquillo Guananga (2021) manifestó que el docente cumple un rol clave en la adaptación del niño al entorno escolar, ya que un ambiente acogedor y afectivo facilita que se sienta tranquilo y dispuesto a aprender.

Para que el docente pueda cumplir este rol de manera efectiva, es necesario que desarrolle su propia inteligencia emocional. Un docente que sabe reconocer y manejar sus emociones se relacionará mejor con sus estudiantes, comprenderá sus necesidades y responderá de manera adecuada ante distintas situaciones. Costa-Rodríguez et al. (2021) demostraron que los docentes con mayores competencias emocionales logran mejores resultados en el aula y favorecen un mejor clima de aprendizaje, ya que poseen habilidades de autoconciencia, regulación emocional y empatía que se reflejan en su interacción con los estudiantes. En este sentido, fortalecer la inteligencia emocional del propio docente se convierte en una condición indispensable para el desarrollo integral de los escolares.

En cuanto a la percepción de los docentes, Canal Alvarez (2025) sostuvo que muchos reconocen la importancia de la inteligencia emocional en el aula, especialmente en lo que respecta a la convivencia, la regulación de conductas y el aprendizaje significativo; sin embargo, señalan limitaciones en su formación y en la disponibilidad de herramientas pedagógicas para trabajar este aspecto de manera adecuada. Esta brecha entre la valoración de la inteligencia emocional y su aplicación práctica constituye una de las principales barreras en su desarrollo dentro del nivel inicial. Para Bisquerra (2000), las principales dificultades son: la falta de capacitación en educación emocional, el poco tiempo disponible debido a la carga académica y la priorización de los contenidos cognitivos sobre los socioemocionales. Asimismo, Guil Bozal et al. (2011) agregaron que la ausencia de políticas educativas claras y de programas estructurados dificulta la incorporación de la educación emocional de manera transversal en el currículo.

A pesar de estas barreras, existen oportunidades significativas para el fortalecimiento de la inteligencia emocional en la educación inicial. Barturén Mondragón y Saavedra Idrogo (2022) encontraron que incorporar propuestas pedagógicas en la educación inicial, que incluyan actividades orientadas al desarrollo de competencias emocionales, como la empatía, el manejo del estrés y las habilidades sociales, contribuye de manera efectiva al fortalecimiento de la inteligencia emocional en los niños. Además, señalaron que la participación de las familias potencia estos resultados, ya que permite que los aprendizajes se refuercen tanto en el entorno escolar como en el hogar.

Estudios recientes han señalado que la inteligencia emocional es un elemento clave en el desarrollo socioemocional durante la infancia, pues ayuda a los niños a desenvolverse adecuadamente en su entorno, construir relaciones positivas y enfrentar situaciones de estrés (Boconzaca Chunchi et al., 2025). En esta misma línea, Timbi Togra (2025) agregó que el desarrollo de estas habilidades influye positivamente en el proceso de enseñanza-aprendizaje, mejorando la motivación, la atención y el rendimiento académico.

Cabe mencionar que la inteligencia emocional no solo influye en el aula, sino también en la gestión de la escuela. Cuando el personal educativo, incluidos directivos y docentes, tiene un buen desarrollo emocional, la organización escolar funciona mejor y se cumplen con mayor eficacia los objetivos educativos (Núñez-Rojas, 2019). Esto evidencia que la educación emocional debe trabajarse de manera integral, involucrando a toda la comunidad educativa.

En resumen, la inteligencia emocional es un aspecto fundamental en la educación inicial; su desarrollo depende en gran parte del papel que cumplen el docente y la escuela. En este contexto, el docente, como mediador del aprendizaje, tiene la tarea de generar un ambiente emocionalmente seguro y de propiciar experiencias que fortalezcan las habilidades socioemocionales. No obstante, para lograr este objetivo, es necesario superar las barreras existentes mediante la formación docente, la implementación de programas educativos y el compromiso de toda la comunidad educativa. Además, desarrollar la inteligencia emocional en los docentes no solo enriquece su labor pedagógica, sino que también influye de manera directa en el bienestar y crecimiento de los niños, lo que promueve una educación más integral que no se limite a los conocimientos y forme habilidades para la vida. En este marco, resulta importante considerar la relación con otros aspectos del desarrollo infantil, como la psicomotricidad integral, que también aporta al fortalecimiento de la inteligencia emocional desde los primeros años.

2.4. Relación entre la psicomotricidad integral y el desarrollo de la inteligencia emocional en niños y niñas de educación inicial

Shapiro (1997) planteó que las emociones no son únicamente experiencias internas o mentales, sino procesos que involucran directamente al cuerpo. En esta línea, cada emoción genera reacciones químicas en el cerebro que se reflejan en el cuerpo, lo que genera sensaciones físicas como tensión, calma o agitación. Por eso, lo que un niño siente siempre se manifiesta corporalmente; a su vez, ciertas acciones físicas, como respirar, moverse o incluso sonreír, pueden influir en su regulación emocional. A partir de ello, se entiende que el cuerpo es una vía clave para acceder al mundo emocional del infante.

En la misma línea, Goleman (1995) planteó que la inteligencia emocional implica reconocer, comprender y regular las propias emociones, así como las de los demás, pero para lograrlo es necesario identificarlas. El niño necesita primero tomar conciencia de sus emociones; este reconocimiento suele comenzar por las sensaciones corporales que acompañan lo que sienten, antes incluso de poder ponerlo en palabras. Esto se relaciona directamente con lo que propone Aucouturier (2004), quien destacó que el niño expresa y construye sus emociones a través del cuerpo y el movimiento. Desde la psicomotricidad, el movimiento, el juego y la expresión corporal permiten que el niño exprese sus emociones de manera natural, especialmente aquellas que aún no puede verbalizar. En la práctica psicomotriz, el cuerpo se convierte en un medio de comunicación emocional y en una herramienta para elaborar

experiencias afectivas (Aucouturier, 2004). De este modo, no solo posibilita la identificación y regulación de las propias emociones, y la puesta en marcha de la automotivación, sino también el reconocimiento de las emociones de los demás, dando paso al desarrollo de la empatía y de las habilidades sociales (Goleman, 1995).

Al reconocer que las emociones se manifiestan y regulan a través del cuerpo (Shapiro, 1997), y que el niño construye su mundo emocional mediante la acción y el movimiento (Aucouturier, 2004), las experiencias psicomotrices se vuelven fundamentales para el desarrollo emocional. A través del juego, el movimiento y la exploración corporal, el infante no solo fortalece sus habilidades motoras, sino que también aprende a identificar, expresar y regular sus emociones, lo que contribuye al desarrollo de su inteligencia emocional (Goleman, 1995). Al respecto, algunas investigaciones han evidenciado la relación directa entre la inteligencia emocional y la psicomotricidad.

Vasquez Salazar (2024) determinó una relación significativa y fuerte entre la psicomotricidad y la inteligencia emocional en los niños de una institución educativa de nivel inicial. Evidenció que ambas se encuentran estrechamente conectadas: a medida que mejora la psicomotricidad, también se fortalece la inteligencia emocional. Si bien el 47 % de los niños presentó un nivel medio de inteligencia emocional, el 36 % alcanzó un nivel bajo y el 17 % un nivel alto. Además, se encontró que las dimensiones de la inteligencia emocional relacionadas con un otro, es decir, la empatía y la habilidad social, mostraron los niveles más bajos; ello en comparación con las dimensiones relacionadas con uno mismo, es decir, la autoconciencia, el autocontrol y el aprovechamiento emocional. En el caso de la psicomotricidad, el 47 % de los niños presentó un nivel bajo, seguido del 30 % con un nivel medio y solo el 23 % con un nivel alto. Estos resultados demuestran que existe una inminente necesidad de fortalecer el desarrollo de la psicomotricidad y de la inteligencia emocional en los niños de educación inicial.

Gonzales (2021) encontró que existe una relación significativa y directa entre el desarrollo psicomotor y la inteligencia emocional en los niños de educación inicial. En su estudio, solo el 5 % de los niños presentó un nivel de “normalidad” en su desarrollo psicomotor, mientras que el 45 % obtuvo un nivel de “riesgo” y el 50 % un nivel de “retraso”, evidenciando que la gran mayoría no alcanzó un desarrollo psicomotor adecuado. En el caso de la inteligencia emocional, solo el 15 % de los niños logró un nivel alto, mientras que el 40 % presentó un nivel medio y el 45 % un nivel bajo, lo que reflejó que la mayoría no logró un desarrollo adecuado en este aspecto.

La investigación de Díaz Deza (2022) evidenció que la psicomotricidad y el desarrollo emocional se relacionan significativamente, pues un mejor desarrollo psicomotor favorece el desarrollo emocional. En cuanto al desarrollo psicomotor, el 53 % de los niños se ubicó en el nivel en “proceso”, seguido por el 33 % en “inicio” y el 13% en “logrado”; estos resultados se repitieron en el desarrollo emocional. El estudio resaltó la necesidad de intervenir para mejorar el desarrollo psicomotor y la inteligencia emocional en los niños de nivel inicial.

En esta línea, Jara León (2018) buscó determinar cuál es la influencia de una técnica psicomotriz en el desarrollo de la inteligencia emocional en niños de dos años. En el pretest, se identificó que el 60 % de los niños alcanzó un nivel de inteligencia emocional “bajo”, mientras que el 27 % un nivel “medio” y solo el 13 % un nivel “alto”; sin embargo, luego de la intervención, se encontró que el 66 % presentó un nivel “alto”, el 27 % un nivel “medio” y el 7 % un nivel “bajo”. Estos resultados demuestran que la psicomotricidad favorece el desarrollo de la inteligencia emocional en los niños. La autora resaltó la importancia de brindar a los docentes estrategias y técnicas psicomotrices, a fin de mejorar su práctica pedagógica y, con ello, el desarrollo de los niños.

Por su parte, Arce (2020) planteó un modelo educativo (“Juego, siento, soy”) basado en la psicomotricidad, para mejorar la inteligencia emocional. Su muestra, conformada por niños de tres, cuatro y cinco años, mejoró significativamente sus niveles de inteligencia emocional en sus dos dimensiones, intrapersonal e interpersonal. Se determinó que, antes de la intervención psicomotriz, el 84 % de los niños se encontró en el nivel “No logrado” y el 16 % “En inicio”, mientras que ninguno en los niveles “Proceso” ni “Logrado”. Sin embargo, luego de la intervención, el 54 % de los niños alcanzó el nivel “Inicio”, el 38 % en “Proceso” y el 8 % en “Logrado”, demostrando cambios positivos en la inteligencia emocional de los niños luego de aplicar un programa educativo basado en la psicomotricidad.

Como continuación de este primer estudio, Arce Gutiérrez et al. (2023) crearon otro programa educativo (“Me divierto, pienso y expreso”), basado en los mismos principios y objetivos presentados anteriormente, donde se replicaron los resultados antes mencionados, confirmando que la práctica psicomotriz mejora significativamente los niveles de inteligencia emocional en los niños de nivel inicial. En ambas investigaciones, se destacó la importancia y necesidad de capacitar al personal docente antes de llevar a cabo la intervención psicomotriz, para así garantizar su correcta ejecución.

De igual manera, Medina-Marchena (2025) puso a prueba un programa de psicomotricidad en niños de cinco años. En el grupo experimental, se mostraron cambios significativos en el desarrollo socioafectivo en las tres dimensiones evaluadas: la expresión emocional, la empatía y las habilidades sociales. En el pretest, la mayoría de los niños se encontró en el nivel en “Proceso” o “Inicio”, pero luego de la intervención, el 88 % alcanzó el nivel “Logrado”, evidenciando que la intervención psicomotriz fue efectiva para fortalecer la inteligencia emocional. En el caso del grupo control, no se observaron cambios significativos, demostrando la necesidad de implementar intervenciones psicomotrices estructuradas y dirigidas para mejorar el desarrollo socioafectivo de los niños.

En conclusión, la psicomotricidad y la inteligencia emocional se encuentran estrechamente relacionadas en la etapa de educación inicial, ya que el niño construye su mundo emocional a partir del cuerpo, el movimiento y la acción. A través de las experiencias psicomotrices, especialmente el juego y la expresión corporal, los niños no solo desarrollan habilidades motoras, sino que también aprenden a reconocer, expresar y regular sus emociones, así como a relacionarse con los demás. Los estudios revisados han demostrado que un mejor desarrollo psicomotor se asocia con mayores niveles de inteligencia emocional y que las intervenciones psicomotrices generan mejoras significativas en este aspecto. Sin embargo, también se observa que la gran mayoría de los niños presenta niveles bajos o en proceso en ambas áreas, lo que evidencia la necesidad de fortalecerlas desde temprana edad. En este sentido, promover la psicomotricidad no solo contribuye al desarrollo físico del niño, sino que también es clave para su desarrollo emocional e integral.

CONCLUSIONES

1. La psicomotricidad integral y la inteligencia emocional se encuentran directamente relacionadas, ya que el niño construye su mundo emocional a partir del cuerpo y el movimiento. A través del juego, la exploración y la expresión corporal, los infantes reconocen lo que sienten, expresan sus emociones y aprenden a regularlas de forma natural; estas experiencias les permiten comprender a los demás, desarrollar la empatía y mejorar sus relaciones sociales. Cuando el desarrollo psicomotor mejora, también lo hace la inteligencia emocional, lo que demuestra que ambos aspectos se fortalecen de manera conjunta. Por ello, promover la psicomotricidad desde el nivel inicial no solo favorece el desarrollo físico y motor, sino que también impulsa el desarrollo emocional y social de los niños, contribuyendo a su formación integral.
2. Desarrollar la psicomotricidad integral en la educación inicial, desde el enfoque de Aucouturier, resulta fundamental para favorecer el desarrollo integral de los niños, en vista de que integra de manera natural el cuerpo, la emoción y el pensamiento. Mediante la práctica psicomotriz, los infantes no solo desarrollan sus capacidades cognitivas, sino que también construyen aprendizajes significativos a partir de la interacción directa con su entorno. Estas experiencias, además, les permiten expresar y regular sus emociones, liberar tensiones y fortalecer la confianza en sí mismos, contribuyendo así a la construcción de su identidad y autoestima. Asimismo, el juego compartido y la interacción corporal favorecen la comunicación, la empatía y el respeto hacia los demás, aspectos fundamentales para una buena convivencia.
3. Desde el enfoque de Goleman, fomentar la inteligencia emocional en el nivel inicial es primordial para el desarrollo integral de los niños, ya que les ayuda a comprender sus emociones, regularlas y relacionarse de manera más adecuada con los demás. En esta etapa, estas habilidades favorecen el bienestar emocional, apoyan el aprendizaje al mejorar la atención, la concentración y la capacidad para afrontar dificultades, y contribuyen a una mejor convivencia. De este modo, promueven valores como la empatía, el respeto y la cooperación.

4. El docente y la escuela cumplen un rol principal en el desarrollo de la psicomotricidad y la inteligencia emocional de los niños, ya que ambos se construyen a partir de las experiencias que viven en el entorno educativo. Por ello, es importante que la escuela ofrezca espacios seguros, estimulantes y adecuados, donde los infantes puedan moverse, jugar y expresar sus emociones, favoreciendo así su desarrollo cognitivo, emocional y social. El docente debe actuar como guía y acompañante, observando, comprendiendo y adaptando las actividades según las necesidades de cada niño, además de generar un ambiente de confianza que facilite la expresión emocional. Es importante resaltar que, para cumplir este rol de manera adecuada, es imprescindible que los docentes estén capacitados y fortaleciendo sus conocimientos y habilidades, pues esto impacta directamente en la calidad del aprendizaje y en el desarrollo integral de los niños.
5. Las investigaciones realizadas en Perú han evidenciado que la gran mayoría de niños de educación inicial presenta niveles bajos o en proceso, tanto en psicomotricidad como en inteligencia emocional, lo que refleja una situación preocupante que requiere atención inmediata. Estos resultados muestran que ambos aspectos no se están trabajando de manera adecuada, a pesar de su importancia para el desarrollo integral. Asimismo, aunque existe evidencia clara de que la psicomotricidad y la inteligencia emocional están estrechamente relacionadas, aún es limitada la literatura que aborde ambas variables de forma conjunta. Sin embargo, las intervenciones psicomotrices revisadas demuestran que, al trabajar el cuerpo, el juego y la expresión, se logran mejoras significativas en el desarrollo emocional de los niños. Por ello, resulta urgente fortalecer ambos aspectos de manera integrada desde los primeros años, para así favorecer un desarrollo más completo y equilibrado en los niños.

REFERENCIAS

- Acuña Bermúdez, E. A. (2018). La infancia desde la perspectiva del psicoanálisis: Un breve recorrido por la obra clásica de Freud y Lacan; Klein y los vínculos objetales. *Tempo Psicoanalítico*, 50(1), 325-353. <https://pepsic.bvsalud.org/pdf/tpsi/v50n1/v50n1a16.pdf>
- Arce Gutiérrez, K. M., Medina Gonzáles, R. H., Ulloa Parravicini, C. E., Mendoza Montoya, L. M. y Sánchez Sánchez, M. J. (2023). Importancia de la Inteligencia Emocional en Niños del Nivel Inicial. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 7(4), 7392-7411. https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v7i4.7481
- Arce, K. (2020). Modelo educativo “juego, siento, soy” e inteligencia emocional en niños de educación inicial. *SCIENDO*, 23(1), 59-64. <https://doi.org/10.17268/sciendo.2020.009>
- Arufe Giráldez, V., Pena García, A. y Navarro Patón, R. (2021). Efectos de los programas de educación física en el desarrollo motriz, cognitivo, social, emocional y la salud de niños de 0 a 6 años: Una revisión sistemática. *Sportis Scientific Journal*, 7(3), 448-480. <https://doi.org/10.17979/sportis.2021.7.3.8661>
- Aucouturier, B. (2004). *Los fantasmas de acción y la práctica psicomotriz*. Editorial Graó,
- Bandura, A. (1971). *Social Learning Theory*. General Learning Corporation. https://www.asecib.ase.ro/mps/Bandura_SocialLearningTheory.pdf
- Barturén Mondragón, E. M. y Saavedra Idrogo, F. (2022). Modelo educativo para desarrollar inteligencia emocional en niños de educación inicial. *Revista Tzhoeoen*, 14(1), 43-58. <https://doi.org/10.26495/tzh.v14i1.2142>
- Berruezo Adelantado, P. (2008). El contenido de la psicomotricidad: Reflexiones para la delimitación de su ámbito teórico y práctico. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 22(2), 19-34. <https://www.redalyc.org/pdf/274/27414780003.pdf>
- Bisquerra, R. (2000). *Educación emocional y bienestar*. Praxis. <https://corporacionlaudelinaaraneda.cl/wp-content/uploads/2020/11/Educacion-emocional-y-bienestar.pdf>
- Bisquerra, R. (2009). *Psicopedagogía de las emociones*. Editorial Síntesis. <https://sonria.com/wp-content/uploads/2020/03/Psicopedagogia-emociones-Bisquerra.pdf>
- Black, P. y Wiliam, D. (1998). Assessment and classroom learning. *Assessment in Education: Principles, Policy & Practice*, 5(1), 7-74. <https://doi.org/10.1080/0969595980050102>
- Boconzaca Chunchi, M. de J., Boconzaca Chunchi, M. E., Mayorga Capa, D. I., Atiencia Armijos, P. A. y Ñaguazo Jordan, S. V. (2025). Inteligencia Emocional como Pilar del Desarrollo Socioemocional en el Nivel Inicial. *SAGA: Revista Científica Multidisciplinar*, 2(1), 42-54. <https://doi.org/10.63415/saga.v2i1.29>

- Canal Alvarez, G. A. (2025). *Percepciones docentes sobre el desarrollo de la inteligencia emocional en un aula de educación inicial de una institución educativa en Lima* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. <https://tesis.pucp.edu.pe/server/api/core/bitstreams/7ad12af4-0742-4555-9024-e612d39fb512/content>
- Chaverri Chaves, P. y León González, S. P. (2022). Promoting the capacity for self-control in children: concepts and strategies in context. *Innovaciones Educativas*, 24(37), 119-132. <https://doi.org/10.22458/ie.v24i37.4068>
- Chokler, M. (2015). *Acerca de la Práctica Psicomotriz de Bernard Aucouturier*. Centauro Editores S.A.C. https://www.piklerna.org/wp-content/uploads/2021/04/01.-Acerca-de-la-Pra%CC%81ctica-Psicomotriz_LIBRO.pdf?605d4a&605d4a
- Coll, C. (1990). *Aprendizaje escolar y construcción del conocimiento*. Paidós. <http://ie42003cgalbarracin.edu.pe/biblioteca/LIBR-NIV328122022214736.pdf>
- Coloma, C. y Bayas, Z. (2024). La relación de la psicomotricidad en el aprendizaje de lecto escritura en niños de 6 años de segundo de educación general básica. *LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades*, 5(6), 733-751. <https://doi.org/10.56712/latam.v5i6.3041>
- Costa-Rodríguez, C., Palma-Leal, X. y Salgado, C. (2021). Docentes emocionalmente inteligentes: Importancia de la inteligencia emocional en la práctica pedagógica de aula. *Estudios Pedagógicos*, 47(1), 219-233. <https://doi.org/10.4067/S0718-07052021000100219>
- De Pena, L. y Diez, M. (2023). *Fundamentos del desarrollo psicomotor: Manual didáctico*. Universidad de la República, Comisión Sectorial de Enseñanza. <https://www.cse.udelar.edu.uy/wp-content/uploads/2024/04/Fundamentos-del-desarrollo-FINAL-3.pdf>
- Diamond, A. (2013). Executive functions. *Annual Review of Psychology*, 64, 135-168. <https://doi.org/10.1146/annurev-psych-113011-143750>
- Díaz Deza, A. E. (2022). *Psicomotricidad y desarrollo emocional en niños de cinco años de una institución educativa de Mórrope, Lambayeque* [Tesis de maestría, Universidad César Vallejo]. <https://hdl.handle.net/20.500.12692/94943>
- Díaz Díaz, R. y Quintana Sosa, A. (2016). Percepción de los profesores sobre la importancia de la psicomotricidad en educación infantil. *Revista Acción Motriz*, 17, 7-14. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6324706>
- Ernst-Slavit, G. (2001). Educación para todos: La Teoría de las Inteligencias Múltiples de Gardner. *Revista de Psicología*, 19(2), 319-332. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4531340>
- Extremera Pacheco, N. y Fernández Berrocal, P. (2004). La inteligencia emocional: Métodos de evaluación en el aula. *Revista Iberoamericana De Educación*, 34(1), 1-12.

<https://doi.org/10.35362/rie3412887>

- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2018). *Aprendizaje a través del juego en la educación inicial*. <https://www.unicef.org/sites/default/files/2019-01/UNICEF-Lego-Foundation-Aprendizaje-a-traves-del-juego.pdf>
- García-Basurto, G. J., Paz-Rivera, A. M., Baque-Yoza, M. K., Quezada-Pineda, A. M. y Yáñez-Rueda, H. (2025). La relación entre el juego simbólico y el desarrollo cognitivo. *Revista Científica Retos De La Ciencia*, 9(19), 32-45. <https://doi.org/10.53877/rc9.19-550>
- Goleman, D. (1995). *Emotional Intelligence*. Bantam Books. <https://donainfo.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/09/emotional-intelligence-daniel-goleman.pdf>
- Gonzales, R. (2021). *El desarrollo psicomotor y la inteligencia emocional en los niños de tres años del nivel inicial en la institución educativa “Los Capullitos” del distrito de Paucarpata - Arequipa, año 2020* [Tesis de licenciatura, Universidad Alas Peruanas]. <https://hdl.handle.net/20.500.12990/10974>
- González Sancho, J. (2018). *La psicomotricidad: Evolución histórica, concepto y cómo se concibe hoy en día. Visión actual de dos maestras de Educación Infantil en Segovia* [Trabajo de fin de grado, Universidad de Valladolid]. <https://uvadoc.uva.es/bitstream/handle/10324/30727/TFG-B.1183.pdf>
- González-Villavicencio, J. L., Vele-Caymayo, D. M., Tapia-Brito, D. Y. y Salgado-Oviedo, P. B. (2022). El juego simbólico como estrategia para el desarrollo psicomotriz de los niños. *Polo del Conocimiento*, 7(2), 1815-1825. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8354953>
- Guil Bozal, R., Mestre Navas, J. M., González de la Torre, G. y Foncubierta Delgado, S. (2011). Integración del desarrollo de competencias emocionales en el currículum de educación infantil. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 14(3), 131-144. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=217022109010>
- Jara León, H. (2018). Técnica psicomotriz y la inteligencia emocional de los infantes de dos años de la institución educativa privada Rafael Narváez Cadenillas de Trujillo –Perú, 2016. *Opción*, 34(18), 884-904. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/8369874.pdf>
- Le Boulch, J. (1981). *La educación por el movimiento en la edad escolar*. Ediciones Paidós Ibérica. <https://es.scribd.com/document/664012810/Le-Boulch-J-La-Educacion-Por-El-Movimiento-en-La-Edad-Escolar>
- López Cassá, È. (2005). La educación emocional en la educación infantil. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 19(3), 153-167. <https://www.redalyc.org/pdf/274/27411927009.pdf>
- Luzzi, A. M. y Bardi, D. (2009). Conceptualización psicoanalítica acerca del juego de los niños. *Anuario de Investigaciones*, 16, 53-63. <https://www.redalyc.org/pdf/3691/369139945005.pdf>

- Maganto Mateo, C. y Cruz Sáez, S. (2004). Desarrollo físico y psicomotor en la etapa infantil. En M. P. Bermúdez Sánchez y A. M. Bermúdez Sánchez (Coords.), *Manual de psicología infantil: aspectos evolutivos e intervención psicopedagógica* (pp. 27-64). Facultad de psicología. <https://isfd112-bue.infed.edu.ar/sitio/wp-content/uploads/2020/07/APUNTE-DESARROLLO-MOTOR-LIBRO-1.pdf>
- Medina-Marchena, M. (2025). Psychomotor skills program to stimulate socio-affective development in 5-year-old students. *Universidad Ciencia y Tecnología. Revista multidisciplinaria*, 29(Special), 240-248. <https://doi.org/10.47460/uct.v29iSpecial.928>
- Mendiara Rivas, J. (2008). La psicomotricidad educativa: un enfoque natural. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 22(2), 199-220. <https://www.redalyc.org/pdf/274/27414780012.pdf>
- Mesonero Valhondo, A. (1987). Psicomotricidad y conciencia. *Magister: Revista miscelánea de investigación*, (5), 33-47. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=226660>
- Ministerio de Educación de Chile. (2017). *Orientaciones teóricas y técnicas para el manejo de sala de psicomotricidad*. <https://escolar.mineduc.cl/wp-content/uploads/sites/107/2024/02/Psicomotricidad-9-3.pdf>
- Ministerio de Educación. (2008). *Propuesta Pedagógica de Educación Inicial: Guía Curricular*. <https://repositorio.minedu.gob.pe/handle/20.500.12799/10637>
- Ministerio de Educación. (2012). *Guía de Orientación del Uso del Módulo de Materiales de Psicomotricidad para Niños y Niñas de 3 a 5 Años. Ciclo II*. <https://repositorio.minedu.gob.pe/handle/20.500.12799/7401>
- Ministerio de Educación. (2016). *Currículo Nacional de la Educación Básica*. <https://www.minedu.gob.pe/curriculo/pdf/curriculo-nacional-de-la-educacion-basica.pdf>
- Miraflores Gómez, E. y Goldaracena Arboleda, I. (2021). Análisis de la psicomotricidad a través de la práctica psicomotriz de Bernard Aucouturier: estudio de casos. *Retos*, 39, 620-627. <https://doi.org/10.47197/retos.v0i39.81781>
- Molero Moreno, C., Saiz Vicente, E. y Esteban Martínez, C. (1998). Revisión histórica del concepto de inteligencia: una aproximación a la inteligencia emocional. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 30(1), 11-30. <https://www.redalyc.org/pdf/805/80530101.pdf>
- Molina Calderón, M. y Piñón Gamez, A. (2024). Desarrollo psicomotor y aprendizaje infantil a los 3 años en una unidad educativa de Chone. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 8(3). https://doi.org/10.37811/cl_rcm.v8i3.12035
- Napa Baca, M. F. (2021). *Enfoques que sustentan las prácticas psicomotrices educativas con niños y niñas de educación inicial* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/23281>
- Núñez-Rojas, F. M. (2019). Inteligencia emocional y cumplimiento de los compromisos de

- gestión escolar del personal directivo de educación inicial. *Revista científica. Investigación Valdizana*, 13(3), 119-127. <https://doi.org/10.33554/riv.13.3.340>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2015). *Replantear la educación: ¿Hacia un bien común mundial?* <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000232697>
- Ortiz-Andrade, E., Cevallos-Goyes, A. y Ortiz-Andrade, R. (2025). Influencia del baile en el desarrollo psicomotor y socioemocional en niños de educación inicial. *Polo del Conocimiento*, 10(2), 918-935. <https://doi.org/10.23857/pc.v10i2.8924>
- Ostau de Lafond, D. R. (2019). *Cuerpo, emoción y movimiento en armonía: La práctica psicomotriz de Bernard Aucouturier, implementada en la escuela maternal de la universidad pedagógica nacional* [Trabajo de grado de licenciatura, Universidad Pedagógica Nacional]. <https://repositorio.upn.edu.co/server/api/core/bitstreams/bff0c7ab-2068-4a7f-b75a-b0deb32f3fdc/content>
- Otálora Sevilla, Y. (2010). Diseño de espacios educativos significativos para el desarrollo de competencias en la infancia. *Revista CS*, (5), 71-96. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=476348368003>
- Palencia Angarita, W. (2025). Educación corporal con sentido pedagógico: Aportes al desarrollo cognitivo y socioemocional escolar. *Revista Latinoamericana Ogmios*, 5(13), 1-12. <https://idicap.com/ojs/index.php/ogmios/article/view/416/419>
- Piaget, J. (1973). *Psicología y pedagogía*. Ediciones Psikolibro. <https://www.uv.mx/rmipe/files/2017/02/Psicologia-y-Pedagogia.PDF>
- Piaget, J. e Inhelder, B. (1972). *Psicología del niño*. Ediciones Morata. <https://www.pensamientopenal.com.ar/system/files/2014/12/doctrina38882.pdf>
- Poch Olivé, M. L. (2001). Neurobiología del desarrollo temprano. *Contextos Educativos. Revista De Educación*, (4), 79-94. <https://doi.org/10.18172/con.487>
- Quirós Pérez, V. y Arráez Martínez, J. (2005). *Juego y psicomotricidad* (Primera parte). *Retos*, (8), 24-31. <https://www.redalyc.org/pdf/3457/345732273004.pdf>
- Ronquillo Guananga, S. M. (2021). *Desarrollo de la inteligencia emocional en los estudiantes de Inicial II* [Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar]. <http://hdl.handle.net/10644/9316>
- San Vicente Parada, A. (2021). La importancia del juego en el desarrollo psicomotor. *Educación y Psicopedagogía*, 4(1), 37-52. <https://www.unae.edu.py/ojs/index.php/educacion/article/view/324>
- Sánchez Calvo, M. (2023). *Inteligencia emocional: Evolución conceptual e intervención educativa* [Tesis de doctorado, Universidad de Salamanca]. <https://hdl.handle.net/10366/156012>

- Schwindt, C. (2024). *Regulación emocional y Mindfulness en niños*. Ediciones NeuroClass. <https://neuro-class.com/wp-content/uploads/2024/02/Manual-Regulacion-emocional-en-ninos.pdf>
- Shapiro, L. E. (1997). *La inteligencia emocional de los niños*. Vergara Editor. https://dehaquizgutierrez.wordpress.com/wp-content/uploads/2018/04/inteligencia_emocional_de_los_ninos-shapiro.pdf
- Silva Delgado, M., Sánchez Macías, W., Moncayo Arias, N., Ballesteros Rucano, J., Rodríguez Batioja, D. y Burgos Limones, J. (2024). Psicomotricidad en el desarrollo infantil del nivel inicial. *Una revisión sistemática. Lecturas: Educación Física y Deportes*, 29(316), 181-202. <https://doi.org/10.46642/efd.v29i316.7203>
- Silva Muñoz, F. y Bayas Jaramillo, C. (2025). La psicomotricidad como eje fundamental del desarrollo integral infantil en los procesos educativos iniciales contemporáneas. *Revista Generando*, 6(2), 2495-2515. <https://revista.gnerando.org/revista/index.php/RCMG/article/view/830/867>
- Taco Taco, M., Torres Peña, C., Uzho Pacheco, A., Granda Granda, A. y León-Reyes, B. (2024). El rol del juego psicomotriz en el desarrollo de competencias socioemocionales y académicas en preescolares. *Revista Veritas de Difusión Científica*, 5(3). <https://doi.org/10.61616/rvdc.v5i3.246>
- Timbi Togra, M. E. (2025). Incidencia de la inteligencia emocional en la enseñanza aprendizaje de los estudiantes en educación inicial. *Revista Ibero Ciencias*, 4(3), 2864-2888. <https://doi.org/10.63371/ic.v4.n3.a259>
- Vasquez Salazar, G. L. (2024). *Inteligencia emocional y psicomotricidad en niños de una institución educativa inicial de Jayanca, 2023* [Tesis de maestría, Universidad César Vallejo]. <https://hdl.handle.net/20.500.12692/141008>
- Vilcarima Leiva, D. B. (2025). *Estrategias de enseñanza docente para promover el desarrollo de la inteligencia emocional* [Tesis de licenciatura, Universidad de Ciencias y Humanidades]. <https://repositorio.uch.edu.pe/server/api/core/bitstreams/35898c92-1836-448b-bcc2-66e869effa9e/content>
- Villalva Cevallos, M., Chicaiza Tigasi, A., Guamangallo Moreno, F. y Claudio Chicaiza, L. (2024). El desarrollo psicomotor en la educación inicial y su influencia en el rendimiento académico y físico en la educación básica: Un enfoque interdisciplinario. *Ciencia y Educación*, 5(10), 6-15. <https://www.cienciayeducacion.com/index.php/journal/article/view/zenodo.13821405/669>
- Wallon, H. (1979). *Psicología y educación del niño*. Visor Libros.
- Wallon, H. (1987). *La evolución psicológica del niño*. Visor Libros.